



LA IMPORTANCIA Y EL PAPEL DE NUESTRAS OBRAS [Importance of Good Works in View of God's Judgment]

Jiří Moskala
moskala@andrews.edu
Seventh-day Theological Seminary
Andrews University
Berrien Springs, MI, EE. UU.

Recibido: 17/03/2019

Aceptado: 29/03/2019

Resumen

Las buenas obras y los actos de bondad son extremadamente importantes, pero su valor es diferente de cómo se los considera normalmente. De hecho, la Biblia enseña claramente que somos salvos por la gracia divina mediante la fe en Jesucristo (Juan 5: 24; Rom. 3: 22-26; Efe. 2: 4-9) muy aparte de nuestras obras (Rom. 3: 21, 28; 4: 6; Gál. 2: 16). Sin embargo, si nos ubicamos en el contexto del juicio divino (Mat. 16: 27; 2 Cor. 5: 10; Heb. 9: 27), valdría la pena preguntarnos: ¿cuál es el papel de nuestras buenas obras y obediencia? Muchos cristianos socavan el valor de las buenas acciones debido al malentendido de su papel respecto al caminar cristiano con Dios.

Palabras clave: God, juicio divino, buenas obras, cristianos, hijos de Dios

Abstract

Meaningful work and acts of kindness are extremely important but their value is different from how they are normally regarded. Indeed, the Bible clearly teaches that we are saved by God's grace through faith in Christ Jesus (John 5:24; Rom. 3:22-26; Eph. 2:4-9) apart from our works (Rom. 3:21, 28; 4:6; Gal. 2:16). However, in view of God's judgment (Matt. 16:27; 2 Cor. 5:10; Heb. 9:27), what is the role of our good works and obedience? Many Christians undermine the value of good deeds because of misunderstanding their role in a Christian's walk with God.

Keywords: God, judgment, good works, christians, sons of God

En relación al juicio divino (Mat. 16: 27; 2 Cor. 5: 10; Heb. 9: 27), ¿cuál es el papel de nuestras buenas obras y obediencia? Muchos cristianos socavan el valor de las buenas acciones debido al malentendido de su papel respecto al caminar cristiano con Dios.

Las buenas obras y los actos de bondad son extremadamente importantes, pero su valor es diferente de cómo se los considera normalmente. De hecho, la Biblia enseña claramente que somos salvos por la gracia divina mediante la fe en Jesucristo (Juan 5: 24; Rom. 3: 22-26; Efe. 2: 4-9) muy aparte de nuestras obras (Rom. 3: 21, 28; 4: 6; Gál. 2: 16). Nuestro desempeño, logros, acciones o incluso obediencia a Dios no tienen poder para ganar nuestra salvación. Estas acciones no pavimentan nuestro camino al cielo ni construyen el reino de Dios en la tierra porque esperamos el futuro establecimiento de su reino (Dan. 2: 44-45). Creemos, junto con los reformadores y muchos protestantes, que somos salvos *sola gratia*, *sola fide* y *solo Christus*, lo que significa solo por la gracia, solo por la fe y solo por Cristo. La salvación se logra por medio de la voluntad y las acciones divinas. Aceptamos que no somos salvos por nuestras obras, sino únicamente por las obras de Jesús, por su vida y muerte victoriosa (Juan 3: 16; Rom. 5: 10; 2 Cor. 5: 21) y por cómo él la aplica a nuestras vidas hoy como nuestro sumo sacerdote viviente, Señor y Rey en el santuario celestial (Heb. 4: 15-16; 8: 1-2; Sal. 110: 1-2, 4; Zac. 14: 9; Juan 20: 28). Su expiación en la cruz aseguró nuestra salvación y nada puede ser añadido a ella de nuestra parte (Rom. 3: 25; 5: 8; Heb. 9: 28). Sin embargo, las buenas obras juegan un papel inalterable, inamovible e irremplazable en la vida cristiana.

Como cristianos adventistas, confesamos que seguimos a Cristo y guardamos sus mandamientos no para ser salvos sino porque somos salvos; por lo tanto, obedecemos a Dios y hacemos obras de caridad por nuestra gratitud al don divino de la salvación. La fe no es nuestro salvador, ¡Jesucristo es nuestro Salvador! La fe es la mano por la cual recibimos la gracia divina; es el medio por el cual aceptamos la redención. El agradecimiento motiva todo lo que hacemos. Aunque somos salvos únicamente por la abundante misericordia de Dios por

medio de la fe, la fe nunca permanece sola. La fe es la raíz y las obras son el fruto; la gracia es la causa de nuestra sumisión al Señor, y debido a la gracia le obedecemos y guardamos su ley. Creemos que no somos salvos por nuestras obras, sino únicamente por las obras de Jesús, por su vida y muerte victoriosa, santa y sin parangón (Juan 3: 16; Rom. 5: 10; 2 Cor. 5: 21). Él está vivo hoy para interceder por nosotros como el único, grande y todopoderoso intercesor (Rom. 8: 34; 1 Tim. 2: 5; Heb. 7: 25).

Dios siempre da el primer paso. Él hace el primer movimiento. Él es la fuente de todas las cosas buenas en nuestra vida; es él quien nos lleva a responder correctamente a su deseo de salvar a todos (Gén. 3: 9; 1 Tim. 2: 4; Sant. 1: 17; 2 Ped. 3: 9). La gracia preveniente (es decir, habilitadora) influye en nuestro corazón y mente, y fortalece nuestra voluntad para responder positivamente (Fil. 2: 13; cf. Efe. 2: 1-5) a su gentil llamado a regresar a él, a arrepentirnos cuando se nos predica su Palabra (Isa. 45: 22; Joel 2: 12-13; Mar. 1: 15; Juan 12: 32; Hch. 2: 38; Rom. 10: 17). La gracia preveniente nos permite, nos fortalece y nos lleva a aceptar la gracia salvadora de Dios. El arrepentimiento no es nuestro trabajo; es el resultado de abrir nuestro corazón a Dios y cambiar nuestra mente y pensamientos para estar bajo la influencia de su Espíritu y de la Palabra (Juan 3: 3-8; Rom. 12: 1-2; 2 Tes. 2: 13). Cuando aceptamos la Palabra de Dios y no nos resistimos a su Espíritu Santo, entonces una nueva vida, un avivamiento espiritual, ocurre dentro de nosotros (Gén. 1: 2-3; Eze. 37: 4-10, 14; Zac. 4: 6; Rom. 8: 11; Sant. 1: 18; 1 Ped. 1: 23). Trabajamos y hacemos cosas para Cristo y otros porque estamos obligados a hacerlo por su gracia, Palabra y Espíritu (Eze. 36: 25-28). Si hacemos buenas obras, no tenemos nada de qué jactarnos (Jer. 9: 23-24; 1 Cor. 1: 29-31) porque Dios ya ha preparado las obras de antemano para que podamos caminar en ellas (Efe. 2: 10). Experimentamos la justificación, así como la santificación por la gracia divina por medio de la fe. Solo el Espíritu Santo nos permite ser diferentes y actuar en armonía con su voluntad (Eze. 36: 24-28).

Debido a que somos salvos únicamente por la gracia divina (Rom. 4: 5), mucha gente concluye erróneamente que las buenas acciones, las obras o la obediencia no son una parte esencial e indispensable de la vida cristiana. Esto es

un gran error y un malentendido (Rom. 3: 31; 6: 1-4; 1 Cor. 7: 19). ¿Cuál es, pues, la función de las buenas obras? En la práctica, comprenden cinco roles cruciales:

1. Nuestras obras no son importantes para nuestra salvación (nuestra justicia es como «trapo de inmundicia», Isa. 64: 6), pero son cruciales para la salvación de los demás. La gente no puede ser atraída hacia Dios y seguirle a menos que sus seguidores demuestren sus virtudes en sus vidas. Jesús subraya: «Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (Mat. 5: 16; cf. 1 Ped. 2: 12), y de nuevo: «En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos por los otros» (Juan 13: 35). El profeta Ezequiel señala que los hijos de Dios hacen que el Señor viva o muera entre las personas de acuerdo a cómo viven (véase Eze. 36: 22-23). Dios quiere vindicar su nombre y mostrarse santo por medio de ellos: «cuando sea santificado en vosotros delante de sus ojos» (Eze. 36: 23b; cf. Dan. 1: 1-2). Cuando la gente a nuestro alrededor vea el poder y la belleza de la gracia transformadora de Dios en nuestras vidas, tendrán sed de una relación similar con Dios. El buen trabajo hace que nuestro testimonio sea efectivo (Hech. 1: 8); hace que nuestra historia sea relevante. Las acciones significativas son instrumentos poderosos a favor de la evangelización para cumplir la obra de Dios, su misión y visión.
2. Nuestro trabajo revela la calidad de nuestra relación con Dios. Una falsa amistad no puede durar. Nuestro comportamiento habla más fuerte que las palabras en cuanto a si nuestra fe está viva o muerta (Sant. 2: 14, 17-20, 26). Nuestro comportamiento es un termómetro que muestra la realidad de nuestro adventismo. Allí se ve si Dios es verdaderamente el Señor de nuestras vidas. Es también una manera para que nuestros ojos se abran a fin de darnos cuenta si nuestras confesiones de fe concuerdan con nuestras acciones. Jesús proclama: «Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando» (Juan 15: 14). Juan ha declarado poderosamente que todo aquel que afirma que ama a Dios, «pero odia a su hermano, es mentiroso» (1 Juan

- 4:20). Santiago lo lleva al nivel práctico y argumenta que no ayudar a la gente necesitada prueba que esa fe es vacía, muerta e inútil (Sant. 2: 17, 20).
3. Las buenas acciones son importantes para hacernos personas agradables y fáciles de vivir (Rom. 12: 9-21; Gál. 6: 2; 1 Ped. 2: 11-12). Nuestro estilo de vida debe ser alegre, positivo y por lo tanto contagioso. La obediencia a Dios y las acciones constructivas hacen que nuestro adventismo sea atractivo, haciendo que sea emocionante y agradable para otros vivir con personas tan cuidadosas. Es un placer vivir con gente cariñosa y amable. Los cristianos adventistas deben ser conocidos por su bondad, consideración, sensibilidad y compasión. Cuando conocemos a Cristo, todos debemos reconocerlo y ver la diferencia: nuestro cónyuge, hijos, amigos, colegas, estudiantes, vecinos, gente en los centros comerciales, autobuses, trenes o aviones, e incluso nuestros perros y gatos. La gracia de Dios, su Palabra y su Espíritu cambian a los creyentes de maneras tan perceptibles que es bueno y deseable vivir con nosotros debido a nuestras actitudes positivas y a la paz y alegría que nos rodea (Gál. 5: 22). Así como Dios nos sirve, debemos servir; así como Dios es desinteresado, debemos ser desinteresados; así como Dios es misericordioso, debemos ser misericordiosos; así como Dios perdona, debemos perdonar; y así como Dios nos anima, debemos animar a otros. Santiago lo dice en términos prácticos: «La religión pura y sin macha delante de Dios el Padre es ésta: visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones y guardarse sin macha del mundo» (Sant. 1: 27). Los profetas lo explican de maneras muy significativas. Por ejemplo, el profeta Zacarías proclama: «Así habló Jehová de los ejércitos: Juzgad conforme a la verdad; haced misericordia y piedad cada cual con su hermano; no oprimáis a la viuda, al huérfano, al extranjero ni al pobre, ni ninguno piense mal en su corazón contra su hermano» (Zac. 7: 9-10). El apóstol Pablo lo expresó con estas palabras: «con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor» (Efe. 4: 2).
4. Las buenas acciones son importantes para mantener y crecer en nuestra relación con Cristo (1 Cor. 10: 31; Col. 1: 10). La oración diaria, el estudio

regular de la Biblia, el testimonio, el ayuno, la dadivosidad sistemática, el diezmar, una dieta saludable, la mayordomía y la participación en la adoración son hábitos significativos que nos ayudan a disfrutar de una buena vida espiritual. Cuanto más nos comprometamos en la adoración del sábado, más nos dedicaremos a trabajar para Dios durante la semana. Cuanto más disfrutemos de la presencia de Dios en la vida, más alegremente explicaremos a los demás acerca de su bondad y sus poderosas obras. Esta variedad de buenas acciones es vital para desarrollar la disciplina en la vida porque por medio de los hábitos cotidianos se construye la disciplina. La disciplina es crucial ya que sin ella no hay sabiduría, éxito, felicidad o crecimiento espiritual (Prov. 1: 7; 3: 11; 5: 23; 10: 17; 12: 10; 13: 18; 15: 32; 19: 20; 25: 28). El autocontrol es un fruto del Espíritu (Gál. 5: 22), por lo tanto, cultivar el autocontrol y la disciplina es una señal de que el Espíritu de Dios está obrando en nosotros.

5. Las buenas acciones traen una profunda satisfacción y hacen felices a quienes las realizan. Nuestra inteligencia emocional crecerá. El buen trabajo no solo afecta a las personas que nos rodean, sino que tiene una influencia muy positiva en nosotros, en nuestros sentimientos y en nuestro pensamiento. La buena conducta y las acciones nos hacen alegres. El apóstol Pablo correlaciona ese aspecto con el dar cuando enfatiza la declaración de Jesús a los ancianos en Éfeso: «más bienaventurado es dar que recibir» (Hech. 20: 35). Las emociones afirmativas surgen de apoyar a otros y ayudarlos. Crear una sonrisa en el rostro o en el corazón de una persona produce alegría, paz y regocijo que dan salud a toda persona. Trabajar por los demás fortalece la felicidad de nuestro propio bienestar relacional y social. Sentimientos de gratificación y aprobación son los resultados.

Estos cinco roles de nuestras buenas obras revelan nuestra identidad: Quiénes somos. Estos, por lo tanto, confirman que somos hijos de Dios (Rom. 8: 12-16; 1 Cor. 9: 1; 15: 58; 16: 10; 2 Cor. 9: 8; Fil. 1: 6; 1 Tim. 5: 10; 6: 18; Tito 2: 14; 3: 1, 8; Heb. 10: 24). Pablo explica que lo que realmente cuenta en la vida es «la fe

que se obra por el amor» (Gál. 5: 6). Por eso exhorta a los seguidores de Dios: «Y de hacer el bien y de la ayuda mutua no os olvidéis, porque de tales sacrificios se agrada Dios». (Heb. 13: 16). «Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano» (1 Cor. 15: 58).